

ALFAGUARA



José Ovejero

La invención del amor

Y ahora subo las escaleras, salgo a la terraza y siento el aire seco de la madrugada que limpia mi cara del entresueño producido por el alcohol y la hora tardía. Un murciélago zigzaguea por encima de las cabezas de mis amigos, como si los inspeccionase inquieto desde lo alto, y vuelve a desaparecer en las sombras. Es de noche, en Madrid, en mi terraza, estamos bebidos, en ese momento que tanto me gusta en el que la gente discute sin mucho tino, en el que todos están más alegres o más tristes de lo que se permiten a diario, sin llegar a ser violentos ni a romper a llorar ni a cantar. La noche (más bien el amanecer, porque hay un filo rosado que bordea el cielo allí, al otro lado de Madrid, más allá de la estación de Atocha, de Vallecas, de los paralelepípedos alineados sobre lo que, desde aquí, parecen los confines de la ciudad) se ha vuelto lenta, como nuestras lenguas, como nuestros párpados, todos los movimientos ligeramente ralentizados; la mano de Fran atusando sus propios cabellos mientras dice: «No sé, tío, no sé», probablemente porque ya incluso se le ha olvidado de qué estaban hablando y sólo le queda esa pesadumbre que arrastra de un día al siguiente, y que se le escapa en cada broma o que a veces, cuando se pone melancólico, pretende que es pesar por el estado del mundo y no el luto por sí mismo, por las propias ilusiones difuntas, que lleva desde hace tanto tiempo.

—No, otra vez no —Javier arroja la servilleta sobre la mesa, empuja la silla y su propio cuerpo hacia atrás, hace ademán de levantarse, pero aguarda, porque los discursos de Fran le exasperan y al mismo tiempo le permi-

ten responder con su propia rabia; la suya, al contrario que la de Fran, no es una rabia dirigida contra el mundo, sino individual, contra cada una de las personas que lo componen. Por eso, mientras que Fran suele expresarla lentamente, sin aspavientos, casi volviéndola hacia sí mismo, porque el mundo no está allí para recibirla, Javier, que vive su malestar como una afrenta personal, da voces, resopla, insulta, ataca al contrincante; para él cada discusión es un combate de boxeo—. Otra vez no, ya nos lo sabemos.

—Es que todo es una mierda, puro capitalismo. Tenemos un rey fascista, un Gobierno fascista...

—Así no se puede discutir. Si empiezas con esas gilipolleces mejor no seguir.

—Nuestra economía es fascista.

—Y lo dices tú que trabajas para el Banco de Santander. Olé tus huevos.

—Por eso, conozco el sistema desde dentro. Todos delincuentes.

—Pues salte, nadie te obliga a trabajar para el Santander.

—Ya...

—Y no me vengas con el colegio de tus niños o la universidad. Porque eso ya lo oigo desde que te conozco. Viva la revolución, pero colegio privado para los chicos, y el inglés en Londres y el máster en...

—El inglés en Nueva York, prefieren la capital del imperio. Mis hijos saben lo que quieren.

—Pues Nueva York. Mejor me lo pones. Vete a la mierda. Y cuando puedas decir algo coherente, vuelve.

Fran se asoma con una media sonrisa al fondo del vaso. ¿Qué haría si dejase su empleo en el banco? ¿Cuál sería su estrategia para continuar siendo pasivamente infeliz?

Me encantan nuestras discusiones inútiles, el gusto por la repetición, que nos recuerda quiénes somos. No conversamos para llegar a una conclusión, sino para escu-

char al otro rebatir cualquier argumento nuestro, saber que podemos contar con él, que no nos va a dejar solos con nuestras contradicciones.

Hemos superado los cuarenta, los seis, asomados ya a ese caer, hundirse desde lo alto si es que alguno llegó a lo alto, asomados también a las posibilidades, a una promesa de cambio. Cuarenta, bien mirado, no es tanto; a veces aún levantamos la cabeza y nos preguntamos: «¿Por qué no?, todavía estoy a tiempo», y husmeamos como perdigueros un rastro entre los matojos que han ido creciendo en los caminos abandonados, porque hace años que transitamos la misma carretera, sin atrevernos a meternos en un desvío. Y después de atisbar esa posibilidad continuamos rumiando con placidez nuestras vidas, ni muy felices ni muy infelices: moderadamente satisfechos, hacemos la digestión de nuestros sueños.

Cuarenta es la edad maldita, no la adolescencia, como se supone, tampoco la vejez. En la adolescencia sientes una rabia creativa que no te ata a la silla ni al recuerdo de tiempos supuestamente mejores e incluso el miedo que sientes es un combustible que te mantiene vivo, que te hace buscar la puerta de salida o de entrada, y si te deprimes piensas que no eres tú el responsable de ese desaguisado que es el mundo: cuando eres adolescente son siempre otros los culpables. Mientras que un anciano ha tenido el tiempo de irse cargando de culpas y de ir asumiéndolas, de conformarse con las propias limitaciones... Ahora, justo cuando estaba pensando esto, Javier ha insultado a Fran porque lo que dice no tiene sentido, y no hay nadie más convencido del sentido de las cosas que Javier, y le echa en cara que es tan radical porque así no tiene que actuar: «Como todo es una mierda, ¿para qué vas a mover un dedo?», le dice, y horada el aire con el suyo. Me dan ganas de abrazarlos a todos, de consolarlos, de quererlos por encontrarse tan perdidos. A esta hora las luces de los edificios cercanos se han apagado, también el campanario de San Cayetano, y la única luz cercana es la

que emana de mi terraza: somos la balsa de la Medusa en el oscuro océano de nuestra embriaguez.

Me acerco a Alicia por la espalda. Ella no suele intervenir en las discusiones salvo para decir que le recordamos a su familia, que da igual el tiempo que transcurra, parecen haberse quedado estancados en la misma pelea. Fuma demasiado, se mordisquea los padrastrós, chasquea a veces la lengua. Es una mujer que parece siempre a punto de marcharse a algún lugar, como si la esperasen en otro sitio donde en realidad se sentiría más a gusto. Pero suele ser la última en irse, apura la noche, la compañía, el sonido de nuestras voces. Le pongo una mano en el hombro y me inclino para poder susurrarle al oído: «¿Te quedas esta noche?». Y ella, sin volverse y levantando el vaso como para brindar, responde en voz alta: «Ni loca».

Qué pena. Me gustaría que Alicia se quedase esta noche, abrazada a mí junto al antepecho de la terraza que, como el palco de un teatro, nos permite asomarnos a un decorado que se despliega para que proyectemos en él nuestras fantasías. Siempre me ha gustado vivir en áticos y buhardillas, porque desde sus ventanas o terrazas se ve un mundo que, sin pertenecerte, te permite disfrutar de él. No es necesario que lo cuides, nadie te pide que repares las tejas o reorientes la antena. Está ahí, para que lo mires, y cuando te asomas a ese vasto espacio te sientes como un terrateniente que va el domingo al campo y fuma recorriendo con la vista esas posesiones que no tiene que regar, ni labrar, ni cosechar.

Y también me han gustado siempre las mujeres que me permiten disfrutar su compañía sin obligarme a realizar el trabajo arduo, constante, ingrato a veces, que exige cualquier larga convivencia, una relación que se supone debe crecer y prosperar, pero para que lo haga también es necesario regar y labrar, e incluso la cosecha puede resultar agotadora aunque sea abundante. Soy uno de esos

hombres de los que algunas mujeres dirían que tienen miedo al compromiso. No digo que no experimente miedo, la sana reacción de cualquier ser vivo ante el peligro. El miedo nos protege y nos salva. Lo que no tiene miedo se extingue estúpidamente. El arrojo es alabado cuando quien lo posee se sacrifica por nosotros. Pero yo no tengo vocación de mártir ni de héroe. A mí tan sólo me gusta ver las ciudades desde lo alto y abrazar a mujeres que no pronuncian la palabra siempre. O que lo hicieron una vez y se arrepienten de ello: me gustan mucho las mujeres casadas.

Alicia, ahí sentada, con la cabeza ligeramente inclinada, sonriendo no sé si por lo que oye o por algún recuerdo, agita con el dedo índice, muy despacio, la bebida que sujeta en la otra mano. Después saca el dedo y lo lame distraída. Una imagen como de principio de película porno; ella ni siquiera se da cuenta de que la estoy mirando. Y ahora se ríe abiertamente de algo que se ha dicho en la mesa y yo no he escuchado, es la mujer de Javier la que habla, la única que a esas horas parece conservar la energía, el ánimo, y no me extrañaría que propusiese, como otras veces, la última en algún local que nunca cierra. La última, esa necesidad de alargar un poquito más el fragmento de tiempo suspendido en el que olvidamos tareas y problemas personales, porque, a pesar de todos los años que hace que nos conocemos, cuando uno le pregunta a otro «¿qué tal?», seguimos respondiendo obstinadamente: «Bien».

Ya es tarde. Ya es temprano. Fran se levanta, se gira en derredor con movimientos lentos, saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa, contempla su interior como quien constata una desgracia largamente sabida, la estruja y la vuelve a guardar en el bolsillo. «Vamos a irnos yendo», dice, convirtiendo con enorme habilidad la indecisión en sintaxis, y consulta a su mujer mirándola por encima de las gafas. Es la de Javier la que se incorpora y lo

toma del brazo en un gesto protector; suele ser afectuosa con él, como para consolarlo de los ataques de Javier, o porque sabe que Fran necesita las invectivas de Javier como castigo, como penitencia por llevar una vida inconsecuente, y lo acaricia y mimica como haría con un animal herido.

Los abrazos, algo más largos que a la llegada, cuando aún los movimientos eran rápidos y las frases ligeras; el abrazo de Alicia igualmente largo, dos besos cuyo impreciso detenerse en mis mejillas no significa nada, ese aliento que no promete, ese pecho que se aproxima asexualmente, insensible.

Dentro de un rato no recordaré quién ha sido el último en irse ni qué palabras hemos intercambiado. Mi cerebro es de algodón. Iba a decir de estropajo, pero sería una imagen demasiado áspera; y yo sí estoy bien. Me encuentro bien. Subo a la terraza, ya solitaria, particularmente silenciosa, como si la marcha de mis amigos no sólo se hubiese llevado sus voces sino que también hubiera absorbido otros sonidos, como si el vacío que dejan a sus espaldas hubiera succionado la consistencia de las cosas. Me tambaleo sin la impresión de estar completamente borracho. Las copas, los platos, las botellas, los ceniceros, servilletas arrugadas, restos de gambas y de pan y pieles de embutidos, los residuos que ahora parecen míseros, viejos, y que anuncian un despertar de resaca y mal sabor de boca. Me apoyo contra el antepecho y vuelvo la vista hacia el sur de la ciudad, al otro lado del río, allí donde en la luz mate del amanecer se adivina el fin de los edificios y el inicio del páramo.

Suena el teléfono fijo. Ya nadie me llama al fijo. Decido no hacerle caso, pero el hecho de no hacer caso es un fastidio, porque en ese momento la mañana, en lugar de anunciarse, revienta, una explosión anaranjada que incendia las nubes como si fuesen el telón en llamas de un teatro. Y la llamada me impide seguir ensimismado, con esa sonrisa de bienestar entumecido en los labios que su-

pongo que desde fuera podría parecer algo simple, pero que no es más que una manifestación de placidez: desde esta terraza que me permite ver Madrid, del cerro de los Ángeles por un lado hasta la sierra de Guadarrama por el otro, Vallecas hacia el este, sólo el noreste oculto por algunos edificios más altos, y ver también los distintos planos inclinados de teja que, por el día, cuando cae el sol a plomo, recuerdan vagamente un cuadro de Cézanne, y también torres y campanarios, antenas, y ese amanecer que sólo puede culminar, para ser coherente consigo mismo, con un anuncio particularmente significativo de Jehová o de Zeus o de cualquier deidad con voz de trueno.

Pero suena el teléfono. Una y otra vez, en intervalos de no más de un minuto, rompiendo el momento, desenfocando la imagen. Ya no miro como antes, satisfecho, tranquilo, casi conmovido, sino tenso, aguardando el siguiente timbrado, un estridente ríngón de otros tiempos, el que venía por defecto con el aparato y no he tenido la paciencia de cambiar por una melodía más amable.

Bajo a buscar el teléfono. Alguno de mis amigos habrá olvidado cualquier cosa, un bolso o quizá las llaves del coche, y ahora regresará a buscarlas, quienquiera que sea, y se sentará a lo mejor un rato y tomará un último vaso de bourbon, o quizá es Alicia, que se lo ha pensado y viene a compartir mi cama y a quitarme este escalofrío que provoca el relente matinal, y no es que tenga ganas de sexo a estas horas y con la cabeza esponjosa, pero me resulta agradable la idea de dormir abrazado a ella, quizá con mi rostro contra su nuca y mis manos ancladas a su vientre desnudo. Subo otra vez sin prisa la escalera, con el inalámbrico aún en la mano, convencido de que dejará de sonar antes de que llegue a la terraza y no tendré que contestar. Y así es, pero tras una breve pausa se reanuda el timbrado que allí arriba, al aire libre, en el silencio general del amanecer, suena aún más estridente e inoportuno.

—Sí.

—¿Samuel?

—Sí, soy yo.

—Soy Luis.

Se hace un silencio en el que me da tiempo a pensar que no es uno de mis amigos y una alarma se abre paso en mi cerebro, como cuando oyes una sirena de policía o de ambulancia acercándose en medio de la noche y te das cuenta de que podría ser un repentino aviso de que el orden de las cosas se va a trastocar en cualquier momento. Antes todo era como siempre, estaba acoplado a la humilde monotonía de los días en los que todos los desayunos son iguales y se va uno a acostar sin que haya ocurrido nada reseñable, pero la llamada de un desconocido a las cinco o las seis de la mañana sólo puede anunciar un cambio importante, una transformación que quizá haga que todo lo que era deje de ser, y que el libro que estábamos leyendo se convierta de repente en una historia totalmente distinta de lo que habíamos esperado. Aunque quiero creer que no, que es una falsa alarma, no reconozco el número que aparece en la pantalla y tampoco he reconocido la voz ni tengo amigos cercanos que se llamen Luis, y no tiene sentido alguno ese largo silencio primero y después el sollozo, ni ese sonarse los mocos, de alguien cuya desgracia no llegaré a conocer porque se deshará enseguida el malentendido y ese hombre se disculpará y colgará y marcará otra vez para mantener una conversación de la que ya no seré testigo.

—¿Qué sucede?

—Lo siento, lo siento mucho, Samuel.

—Me parece que se ha equivocado —digo, pero me falla la convicción al darme cuenta de que me está llamando por mi nombre.

—Clara. Esta tarde. Hace un rato. Joder, no sabes cómo lo siento.

—Clara —digo, y escarbo en la memoria pensando que no quiero que cuelgue aún. Antes de irme a dormir

necesitaría escuchar esa historia que no es la mía, precisamente para que también sea la mía, igual que leemos una novela para añadir historias a nuestra vida, historias que por dramáticas que sean resultan inocuas, pensamos, porque no pueden afectarnos en la realidad. Quiero saber quién es Clara, y qué ha hecho, qué relación me unía con ella y por qué voy a sentirlo.

—No nos hemos encontrado nunca, pero Clara me habló un montón de veces de ti. Un montón. Joder. Y ahora, mira.

—Sí, Clara. ¿Y?

—Llegando a Madrid, en la carretera de La Coruña. Por sortear a un peatón al que no se le había ocurrido cosa mejor, la gente está loca, que cruzar la carretera de La Coruña, y ella lo quiso esquivar, perdió el control.

—¿Está bien?

—Que se ha matado, te digo. Que está muerta. Es acojonante. No me lo puedo creer. Clara muerta.

Ahora llamamos los dos. No sé si mi interlocutor se ha quedado en silencio porque está llorando o porque lucha por contener el llanto, pero no se oyen ni sollozos ni respiración entrecortada. En el cielo dos vencejos se persiguen vertiginosamente; me gustaría saber si esas persecuciones son un juego, rivalidad o cortejo amoroso. ¿Qué pasaría si el perseguidor atrapase al perseguido? Pero eso parece no suceder nunca. Como si una regla no escrita de la vida de los vencejos fuese no alcanzar jamás al otro, aunque a veces el segundo será más rápido que el primero: la liebre que por mucho que corra no rebasará a la tortuga.

—¿Estás ahí?

Emito un sonido de asentimiento mientras giro la cabeza en pos de esos dos primeros vencejos de la mañana, cuyas evoluciones sigo con un ligero malestar en el estómago.

—Ya imagino que no irás, pero para que lo sepas, la incineración es pasado mañana, a las once.

—Sábado.

—Sí..., sábado. ¿Tienes dónde apuntar? Te doy la dirección del tanatorio.

—Dime —digo, y tomo nota mentalmente de la dirección.

—Yo no creo que vaya. No conozco a casi nadie yo tampoco, bueno, te habrá dicho cómo era mi relación con ella, muy distante ya, aunque seguíamos hablando por teléfono, a veces, algo menos los últimos tiempos...

—Pero antes estabas llorando.

—Claro, o no sé si claro, pero joder, tenía treinta años, y yo la había querido mucho. Y además por ti, por vosotros, me imagino lo que será...

—No sé qué decir.

—Ya me lo imagino. Qué va a decir uno en un caso así. Salvo que debería haber atropellado a ese hijo de puta. Haberle pasado por encima del cráneo y aplastado los sesos. ¿No?

—No sé, la verdad.

—Bueno, sólo quería decírtelo, y suponía que nadie más..., en fin, llámame cuando quieras. Ya sé que no nos hemos visto nunca, pero da igual, te vienes a casa y hablamos, o nos fumamos unos porros. O averiguamos dónde vive ese imbécil y al menos le partimos la cara.

—¿Qué imbécil?

—Pues ése, el que cruzó la carretera. Vale, era sólo una idea. Es broma, bueno, broma no, es la rabia. En fin, que lo siento, lo siento de verdad. ¿Se lo vas a decir a tu mujer?

—¿A mi mujer?

—Disculpa, estoy diciendo idioteces. Tienes mi número en la pantalla, ¿verdad? Llámame, en serio. Y hablamos. Lo siento mucho. Joder, qué cosas, así de repente.

Dejo el teléfono sobre la mesa, entre vasos y platos sucios. En apenas unos minutos el cielo ha cambiado. Ahora es una extensión de rescoldos mortecinos ocultos tras nubarrones de ceniza. Vuelvo a hacer memoria, a pasar revista

a los rostros que han ido desapareciendo de mi vida: la amiga de siempre que se mudó primero a otra ciudad y luego a otro país; aquella que se casó con un hombre al que yo no soportaba; la que se enfadó estúpidamente conmigo por un mero plantón y no volvió a dirigirme la palabra. Repaso las caras y los nombres de amigas y amantes, ese álbum de fotografías algo amarillentas que me hace sentir más viejo de lo que soy. Busco también las páginas arrancadas, aquellas de las que estoy seguro de que contenían alguna imagen que he olvidado; hubo otras mujeres, episodios que no dejaron huella ni cicatriz, breves aventuras o amistades, ¿cómo se llamaban?, ¿cómo era su voz?, ¿cómo su risa? Pero aunque me demoro en el pasatiempo de intentar reconstruir mi historia sentimental, ese rompecabezas desordenado, hecho de piezas que no encajan, sé que el esfuerzo es inútil: estoy seguro de no haber conocido nunca a ninguna Clara.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

XVI Premio Alfaguara de Novela 2013

El 20 de marzo de 2013 en Madrid, un jurado presidido por Manuel Rivas, e integrado por Annie Morvan, Antonio Ramírez, Jordi Puntí, José María Pozuelo, Xavier Velasco y Pilar Reyes (con voz pero sin voto) otorgó el XVI Premio Alfaguara de Novela 2013 a *Triángulo imperfecto* de Doppelgänger.

Acta del Jurado

El Jurado del XVI Premio Alfaguara de Novela 2013, después de una deliberación en la que tuvo que pronunciarse sobre seis novelas seleccionadas entre las ochocientas dos presentadas, decidió otorgar por mayoría el XVI Premio Alfaguara de Novela 2013, dotado con ciento setenta y cinco mil dólares, a la novela titulada *Triángulo imperfecto*, presentada bajo el seudónimo de Doppelgänger, cuyo título y autor, una vez abierta la plica, resultó ser *La invención del amor*, de José Ovejero.

«El Jurado quiere destacar que se trata de una historia de amor nada convencional, sorprendente, que surge a partir de una impostura y del poder y las posibilidades del azar. La novela también revela la fuerza transformadora de la imaginación y su capacidad para construir nuevas existencias. La historia se desarrolla en una gran ciudad, Madrid, en un fondo de zozobra y quiebra personal y social.»

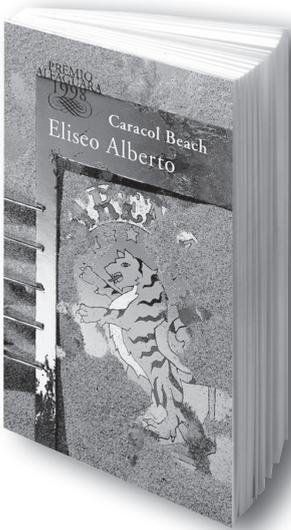
Premio Alfaguara de Novela

El Premio Alfaguara de Novela tiene la vocación de contribuir a que desaparezcan las fronteras nacionales y geográficas del idioma, para que toda la familia de los escritores y lectores de habla española sea una sola, a uno y otro lado del Atlántico. Como señaló Carlos Fuentes durante la proclamación del I Premio Alfaguara de Novela, todos los escritores de la lengua española tienen un mismo origen: el territorio de La Mancha en el que nace nuestra novela.

El Premio Alfaguara de Novela está dotado con ciento setenta y cinco mil dólares y una escultura del artista español Martín Chirino. El libro se publica simultáneamente en todo el ámbito de la lengua española.

Premios Alfaguara

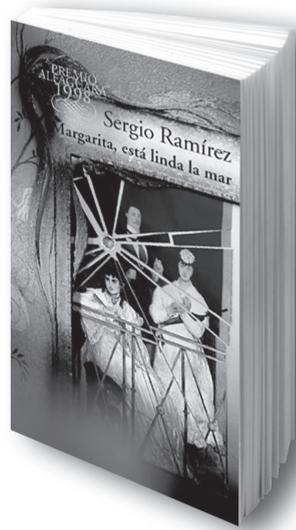
- Caracol Beach*, Eliseo Alberto (1998)
- Margarita, está linda la mar*, Sergio Ramírez (1998)
- Son de Mar*, Manuel Vicent (1999)
- Últimas noticias del paraíso*, Clara Sánchez (2000)
- La piel del cielo*, Elena Poniatowska (2001)
- El vuelo de la reina*, Tomás Eloy Martínez (2002)
- Diablo Guardián*, Xavier Velasco (2003)
- Delirio*, Laura Restrepo (2004)
- El turno del escriba*, Graciela Montes y Ema Wolf (2005)
- Abril rojo*, Santiago Roncagliolo (2006)
- Mira si yo te querré*, Luis Leante (2007)
- Chiquita*, Antonio Orlando Rodríguez (2008)
- El viajero del siglo*, Andrés Neuman (2009)
- El arte de la resurrección*, Hernán Rivera Letelier (2010)
- El ruido de las cosas al caer*, Juan Gabriel Vásquez (2011)
- Una misma noche*, Leopoldo Brizuela (2012)
- La invención del amor*, José Ovejero (2013)



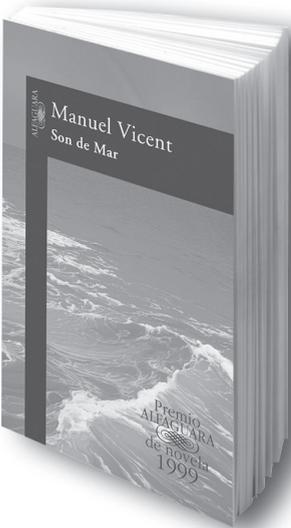
ELISEO ALBERTO
Caracol Beach

Premio
ALFAGUARA

de novela
1998

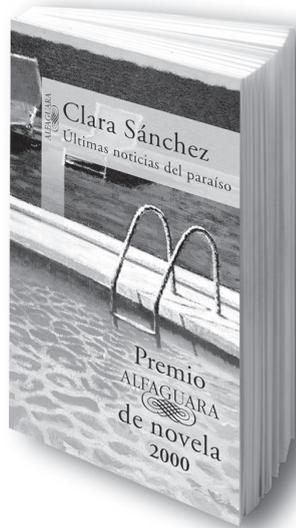


SERGIO RAMÍREZ
Margarita, está linda la mar



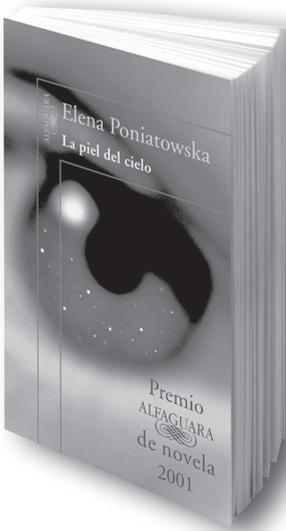
MANUEL VICENT
Son de Mar
Premio
ALFAGUARA

de novela
1999



CLARA SÁNCHEZ
Últimas noticias del paraíso
Premio
ALFAGUARA

de novela
2000

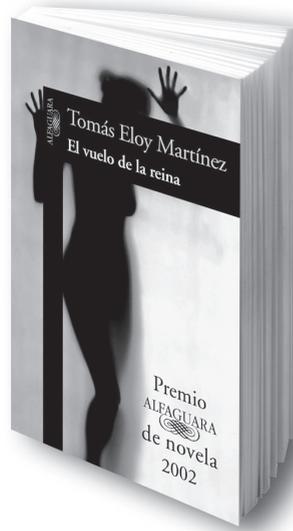


ELENA PONIATOWSKA

La piel del cielo

Premio
ALFAGUARA

de novela
2001

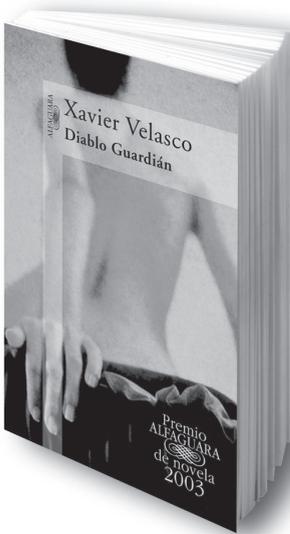


TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

El vuelo de la reina

Premio
ALFAGUARA

de novela
2002

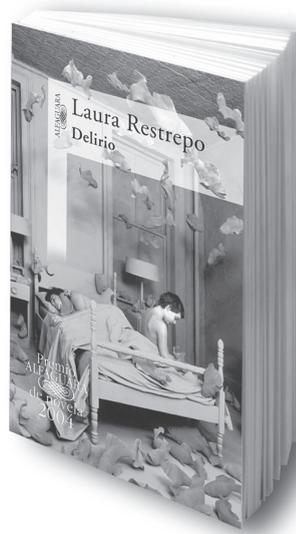


XAVIER VELASCO

Diablo Guardián

Premio
ALFAGUARA

de novela
2003



LAURA RESTREPO

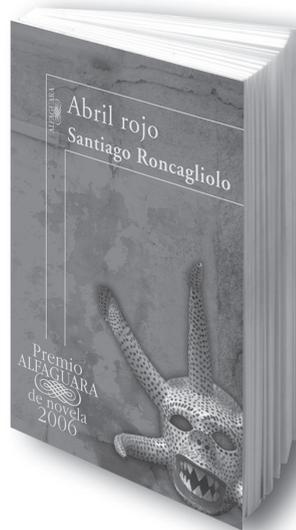
Delirio

Premio
ALFAGUARA

de novela
2004



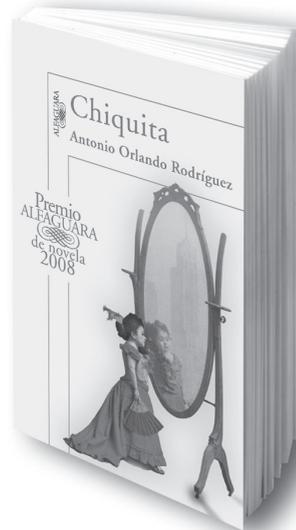
GRACIELA MONTES
EMA WOLF
El turno del escriba
**Premio
ALFAGUARA
de novela
2005**



SANTIAGO RONCAGLIOLO
Abril rojo
**Premio
ALFAGUARA
de novela
2006**



LUIS LEANTE
Mira si yo te querré
**Premio
ALFAGUARA
de novela
2007**



ANTONIO ORLANDO
RODRÍGUEZ
Chiquita
**Premio
ALFAGUARA
de novela
2008**

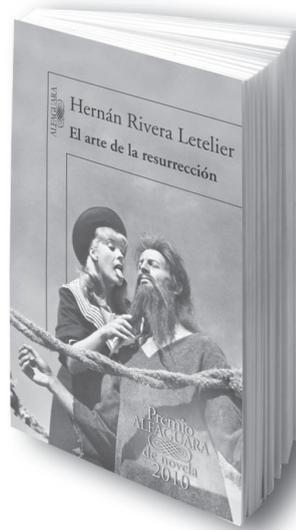


ANDRÉS NEUMAN

El viajero del siglo

Premio
ALFAGUARA

de novela
2009

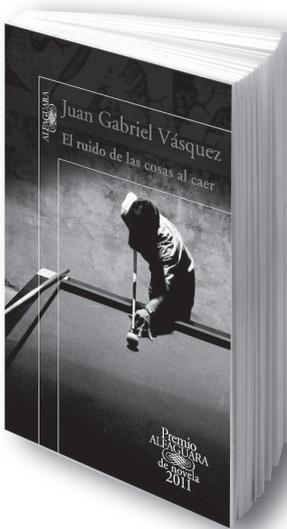


HERNÁN RIVERA LETELIER

El arte de la resurrección

Premio
ALFAGUARA

de novela
2010

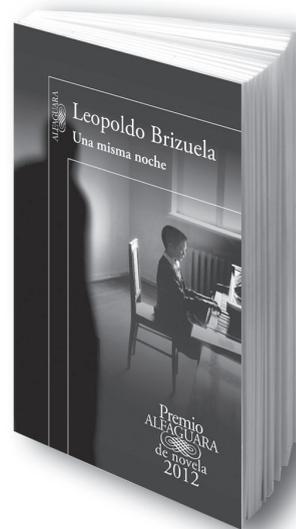


JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

El ruido de las cosas al caer

Premio
ALFAGUARA

de novela
2011



LEOPOLDO BRIZUELA

Una misma noche

Premio
ALFAGUARA

de novela
2012